

imaginarse. Se oyó en el proceso de canonización de los dos Santos á un número inmenso de testigos, cuyas declaraciones forman doce volúmenes en folio. Es preciso haberlos leído para tener una idea de los pleonasmos inagotables con que los contemporáneos se esfuerzan en pintar la modestia, la prudencia, la reserva, la castidad de oro fino y la pureza angélica de estas dos nobles almas. ¡Ah! no nos envidiéis la felicidad de encontrar alguna vez en la historia, y entre los torrentes de culpable amor que corrompen al mundo y á menudo le trastornan, algunas gotas á lo menos de ese amor casto que con la inocencia perdiera el hombre, que volveremos á encontrar en el cielo, cuyo suave ambiente y virginal perfume aspiramos en la historia de la vida de los Santos.



## CAPÍTULO VII

Principios de la dirección de Santa Juana Francisca Fremiot por San Francisco de Sales.—Reglamento para una señora del mundo en el siglo XVII.—Penas interiores de la señora de Chantal.

1605

**E**L primer acto de la dirección de San Francisco de Sales, fué dar á la señora de Chantal un reglamento para poder dirigirse en todas sus acciones, y que fuese para ella en presencia de Dios un motivo de perpetua obediencia. Destinado á una señora joven aún, nacida y criada entre la alta nobleza, madre de cuatro hijos, ocupada en administrar una fortuna considerable, y compuesto, por otra parte, por un director tan sabio y juicioso, y tan enemigo de las exageraciones y excesos, creo que merecerá con justicia le estudiemos en todos sus detalles con el mayor cuidado. Abraza tres puntos: las oraciones y demás diferentes ejercicios de piedad; las penitencias y obras de caridad; y, en fin, los deberes de sociedad y de familia (1).

(1) El texto de este reglamento, escrito de mano de San Francisco de Sales, no se encuentra ya. Pero apenas llegó la Santa á Borgoña, encontró varias dificultades, con motivo de los principales artículos de este reglamento: escribió inmediatamente al Santo Obispo, y éste la contestó en una larga carta, en la que explica, comenta y desarrolla el texto y el espíritu de este reglamento. Esta importante carta es del 14 de Octubre de 1604.



San Francisco de Sales arregla primero las oraciones vocales con que la señora de Chantal debe principiar el día: el Padrenuestro, Avemaría, el Credo, el *Veni Creator*, el *Ave Maris Stella* y *Angele Dei*. La recomienda lo rece en latín, que es la lengua de la Iglesia, pero que cuide de comprender su sentido por medio de una traducción francesa.

Después de la oración vocal, y antes de ocupación ninguna, debe hacer su meditación, con la preparación, y según el método que la envía. «Esto—dice—os ocupará una hora bien completa (1).»

Aconseja el Santo tomar para asunto de la meditación la vida y muerte de nuestro Señor, y algunas veces

(1) Esta era poco más ó menos la regla que San Francisco de Sales daba á todas las personas piadosas á quienes dirigía; pero la moderaba según las circunstancias. Escribía á la señora doña Rosa Burgeois, siempre enferma, sin poder casi salir de su cuarto: «Por la mañana, cuando ya estéis levantada, debéis hacer vuestra meditación y el ejercicio de por la mañana que he llamado preparación. Todo esto no durará sino *tres cuartos de hora á lo más*, porque la meditación y el ejercicio no se hagan á un tiempo.» (San Francisco de Sales, *Obras*, tomo IX, pág. 268.) A la señora Presidenta Bruslard, obligada por su posición á mucho trato de mundo, la escribía en su reglamento: «Haced la meditación todos los días, sobre la vida y muerte de nuestro Señor... Me parece que haciendo por la mañana *media hora de oración*, debéis contentaros con oír una Misa todos los días...» (Id., tomo VIII, págs. 9-11.) Pero pasado algún tiempo, y habiendo la señora de Bruslard progresado en la vida cristiana, no se contenta ya San Francisco de Sales con media hora: «En cuanto á la oración—la dice,—debéis hacerla con frecuencia... Hacedla, pues, por la mañana durante una horita antes de salir, ó por la noche antes de cenar...» y añade, «pero cuidad de no hacerla después de la comida ni de la cena, porque esto haría daño á vuestra salud.» (Id., pág. 230.) ¡Siempre la dulzura en la energía, la prudencia en la austeridad! Si las personas estaban muy llenas de ocupaciones en el mundo y con poco tiempo libre, no las quitaba San Francisco de Sales la oración; únicamente disminuía el tiempo. «Bastará—escribe á una señora—que empleéis en la meditación una media horita ó *un cuarto de hora* cada día, porque esto, con las elevaciones, retiros de corazón en la presencia de Dios y oraciones jaculatorias, que debéis hacer entre día, será muy bastante para mantener vuestro corazón recogido y unido á vuestro divino objeto; y aun esta oración podrá hacerse durante la Misa para ganar tiempo.» (Id., tomo XI, pág. 484.)

las postrimerías del hombre; pero en este caso quiere que la señora de Chantal finalice siempre la meditación por un acto de confianza en Dios, y que nunca se represente la muerte ni el infierno por una parte, sin ver de la otra la cruz, a fin de que habiéndose excitado al temor, se recurra también al amor. Para libros de oración, indica el Santo los ejercicios espirituales de Taulero y las meditaciones de San Buenaventura, obras admirables, en efecto, que es imposible meditar sin sentirse iluminado y conmovido, y que sin razón se han olvidado y abandonado hoy día.

Todos los días después de la oración, la santa Misa, y «en ella, ó en otro rato del día, rezar el Rosario con la mayor devoción posible.»

Durante el día, «muchas y frecuentes jaculatorias, sobre todo al dar el reloj las horas, porque es utilísima devoción.»

«Me gustan los cánticos espirituales—dice—cuando se cantan afectuosamente.»

Por la noche, antes de cenar, aconseja San Francisco de Sales un ratito de recogimiento, y cinco Padrenuestros y Avemarías á las llagas de Jesucristo nuestro Señor. Este rato es para el examen particular, cuya importancia explicó admirablemente San Ignacio, y cuyo uso puso Santa Teresa en tanta estimación en los claustros, quedando para San Francisco de Sales la misión de popularizarlo entre la gente del siglo. Para que la señora de Chantal hiciese con más fruto este ejercicio, la aconseja el Santo que escoja una de las llagas de nuestro Señor, para que éntre en ella su alma como en su morada y refugio los cinco primeros días de la semana, el sexto en los agujeros que en su santísima cabeza hicieron las espinas de la corona, y el séptimo en su costado abierto; «porque es menester—dice—principiar en él la semana y acabarla lo mismo; es decir, que los domingos es menester volver á este corazón.»



Por la noche, una buena media hora de lectura espiritual, que con todo lo demás—dice el Santo—es bastante para todos los días. Para la lectura espiritual indica el Santo el P. Granada, que recomienda sin cesar á todas las almas que dirige; Gersón, es decir, la *Imitación de Jesucristo*, que San Francisco de Sales atribuía al canciller Gersón, según la opinión de su época, pero que es muy probable no sea obra de este célebre escritor; la *Vida de Jesucristo*, traducida de Ludolfo, cartujo, obra muy rara hoy día, pero que se puede y debe reemplazar con una de las *Vidas de Jesucristo* que se han escrito en nuestros días (porque ¿qué es un cristiano que no tiene en su cuarto la vida de su Salvador y su Dios?); *La Madre Teresa* (estas son las obras de Santa Teresa, que aún no estaba canonizada), lectura de oro si se lee como debe hacerse; y, en fin, el *Tratado de la Tribulación*, librito compuesto por el P. Rivadeneira, que convenía á las ideas tristes que dominaban algo á la señora de Chantal después de la muerte de su esposo, y desde que Dios quería purificar su alma crucificándola.

Por la noche quiere San Francisco de Sales que la señora de Chantal se retire « casi una hora, ú hora y media, después de la cena, » y que concluya el día como le empezó, con algunas oraciones vocales.

Indicando así á la señora de Chantal los principales ejercicios en que se ha de ejercitar cada día, no olvida San Francisco de Sales explicarla lo principal de todo: el espíritu con que debe hacerlos; espíritu de dulzura, de desasimiento y de una santa libertad de corazón. «Haced— la dice — todo esto sin afán, con espíritu de amor y de dulzura.» Estas palabras son notables, y las refuerza con estas otras bellísimas: « Si os sucede no hacer alguna de las cosas que os ordeno, no escrupulicéis sobre ello, porque la regla de nuestra obediencia, escrita con grandes letras, debe ser ésta:

**Es menester hacerlo todo por amor, y nada por fuerza. Es menester amar más la obediencia, que temer la desobediencia.**

«Os dejo el espíritu de libertad; no el que abandona la obediencia, porque esta es la libertad de la carne, sino el que aparta la opresión, el escrúpulo y el afán. Si sobreviene algún motivo justo y caritativo para dejar vuestros ejercicios, quiero que los dejéis, como si esto fuera lo mandado por la obediencia, y que su falta se reemplace con el amor.»

Repite varias veces esta máxima; y conociendo que esto no era bastante para la señora de Chantal, muy ardiente, y tal vez demasiado exacta, sobre todo á los principios, se extiende á grandes pormenores sobre este espíritu de libertad en que quiere hacerla entrar. Por ejemplo—la dice:—un alma que está apegada al ejercicio de la meditación, si la interrumpís, la veréis salir con disgusto, prisa y admiración. El alma que tiene la verdadera libertad, saldrá con un rostro alegre y corazón amable para con el importuno que la molesta, porque la es igual servir á Dios meditando, que servirle tolerando y sobrellevando al prójimo... Y á propósito de esto, os diré que el Cardenal Borromeo, á quien se va á canonizar dentro de unos días, es un ejemplo maravilloso de lo que voy diciendo. Era el espíritu más rígido, inflexible y austero que se puede imaginar; no bebía más que agua, ni comía más que pan... Y no obstante, á pesar de esta austeridad de carácter, comía á menudo con los suizos, sus vecinos, para atraerlos al bien; no tenía dificultad en beber y brindar con ellos en cada comida, además de lo que había bebido por necesidad. Este es un bello rasgo de santa libertad, dado por el hombre más austero de esta época: un espíritu disoluto hubiera hecho mucho; otro encogido, hubiera creído pe-



car mortalmente; y sólo el espíritu de libertad lo hace por caridad, sin clase ninguna de apremio.»

«El P. Ignacio de Loyola, á quien van á canonizar, comió carne en un Miércoles Santo por mandato sencillo del médico, que lo creyó conveniente por un malecillo que tenía. Un espíritu apremiante y encogido se hubiera hecho rogar tres días.»

De esta manera, y con otros muchos ejemplos, enseñaba San Francisco de Sales á la señora de Chantal el amable camino de la santa libertad y dilatación del corazón, que casi no le había ni aun nombrado su primer director, esforzándose en preservarla de dos grandes escollos en que suelen caer muchas personas devotas: uno es la falta de constancia, que hace abandonar por bagatelas los ejercicios de piedad, y el otro la falta de libertad, que obliga á sentir mucho dejarlos, aunque lo exijan la necesidad ó la caridad. El primero de estos defectos no era de temer en la señora de Chantal, pero sí el segundo, á que la inclinaba su carácter, naturalmente austero, cuya austeridad se había aumentado con la mala dirección antecedente.

Después de haber arreglado las oraciones y ejercicios de piedad, arregla también San Francisco de Sales las penitencias y obras de caridad, y prescribe á la señora de Chantal ayunar el viernes, cenar ligeramente el sábado, y tomar la disciplina dos veces á la semana. «En cuanto á la jumentilla — dice, — apruebo el ayuno del viernes y la sobria cena del sábado; apruebo que se la mortifique toda la semana, no tanto por la falta de alimento, guardando siempre la sobriedad, cuanto por no elegir las viandas y platos que se han de comer.

Apruebo, sin embargo, que se la acaricie un poco, dándola á comer la cebada que San Francisco de Asís la propinaba para que anduviese de prisa, y que no es otra sino la disciplina, que tiene la maravillosa virtud

de agujonear la carne y vivificar el alma, pero sólo dos veces á la semana.»

Algunas personas se admirarán al ver que San Francisco de Sales, director tan dulce y juicioso, mande la disciplina dos veces á la semana «á una señora del mundo, de solos treinta y tres años, de una complexión delicada y madre de cuatro hijos.» No obstante, no se contenta el Santo con sólo usar la disciplina dos veces á la semana: la prescribe también de cuando en cuando por forma de penitencia ó de remedio. «Será bueno — dice á la señora de Chantal hablándola de sus tentaciones contra la fe — tomar algunos golpes de disciplina: cincuenta, sesenta, ó solos treinta, según el estado en que estéis de salud. Mucho ha servido esta receta á una buena alma conocida mía.» Por lo demás, si se leen con atención las obras de San Francisco de Sales, se le verá prescribir la disciplina, no sólo á la señora de Chantal, lo que tal se miraría como un caso especial, sino también á las señoras Bruslard y Flechere; al Presidente Favre; á los Sres. de Blonay, aunque en estado de matrimonio y teniendo que vivir en el mundo; y aun á la señorita de Blonay, de edad de dieciséis años; á la señorita de la Roche, de la misma edad poco más ó menos; á la señorita Favre y á la de Beaumont, que fueron después, es verdad, excelentes religiosas, pero que no pensaban entonces en serlo, y, por el contrario, pensaban casarse dentro de pocos días. Por otra parte, no era sólo San Francisco de Sales el que dirigía así á las almas; hacían lo mismo San Carlos Borromeo, San Felipe de Neri, el Cardenal Bona, San Vicente de Paúl, el Sr. Olier, y generalmente todos los Santos directores de los siglos XVI y XVII, grande época, fiel á las tradiciones de las edades de fe, y que aún no había visto nacer la tibia doctrina de los tiempos modernos que, haciendo desaparecer la mortificación de la carne, debía poco á poco arruinar toda clase de mortificaciones.



Con las penitencias, que forman la vida seria y grave, junta también San Francisco de Sales en su reglamento las obras de caridad que la fecundizan. No dice más que una sola palabrita, pero es escogida en realidad. «Haced algunas pequeñas limosnas con grande humildad. Me gusta que se visite á los enfermos viejos y á las mujeres (habla á una mujer), y aun á los jóvenes cuando lo son mucho. Me gusta la visita á los pobres, especialmente á las mujeres, hecha con gran dulzura y bondad.» De este modo pide humildad en la abnegación, dulzura con los pobres y prudencia en la visita á los enfermos. ¡Visitar sobre todo á las mujeres (siendo mujer) ó á los viejos, y con menos frecuencia á los jóvenes (siendo joven el que visita), á menos que no lo sean mucho!... ¡Qué consejos tan delicados y profundos! ¡Como que un Santo se los da á una Santa! Todos los amigos de los pobres deberían meditarlos (1).

Arreglando las oraciones, las penitencias y las obras de caridad, no deja olvidados San Francisco de Sales los deberes del estado, de la posición, de la familia, ni lo que la señora de Chantal debe como madre á sus hijos, ni á sus padres como hija. La familia pequeña de nuestra Santa iba siendo grandecita. Celso Benigno, que era el mayor, iba á cumplir diez años. María Amada, la segunda, tenía ocho. Francisca y Carlota eran menores. San Francisco de Sales no entra aún en gran-

---

(1) Lo mismo escribía á la Presidenta Bruslard: «Os aconsejo tomar alguna vez el trabajo de visitar los hospitales, consolar á los enfermos, atender á sus necesidades, enterneceros de corazón viéndolos, y hacerles alguna limosna.» En seguida viene este prudente correctivo: «Pero para todo esto tened cuidado y mucha discreción, á fin de que ni vuestro esposo, ni los criados y los señores parientes vuestros puedan incomodarse por el largo tiempo que paséis en la iglesia faltando al cuidado de vuestra casa.» Y añade esta palabra de más valor que el oro más puro: «Vuestro señor esposo gustará y amará vuestra devoción, si á medida que ésta se aumenta sois con él más suave y aun más dulce que de costumbre.» *Carta de San Francisco de Sales á la señora de Bruslard.* Edición Migne, tomo V, pág. 549.)

des pormenores sobre una educación que principia y que, por otra parte, está en manos de una madre como nuestra Santa. Ya, no obstante, se pueden notar amables y sabios consejos. Después de bendecir á Dios por los inmensos deseos que tiene la señora de Chantal de criar á sus hijos en el santo amor de Dios, y después de haberla aconsejado lea las epistolas de San Jerónimo, y sobre todo las confesiones de San Agustín, «donde verá á Santa Mónica, viuda y con el cuidado de su Agustino, y otras mil cosas que la consolarán», pone dos reglas de grande importancia. Quiere, lo primero, que cada uno de los niños tenga su camita aparte, y que no solamente Celso Benigno, que es ya grande, sino las otras tres niñas, «duerman solitas en cuanto se pueda, ó al lado de personas en quien justamente podáis confiar como en vos misma. Imposible es decir la utilidad de esta grande advertencia, la experiencia me la hace cada día más recomendable.» A tan sabias pretensiones, destinadas á proteger la inocencia de los niños, quiere el Santo Director que la señora de Chantal junte un gran celo para apoderarse al instante y sin pérdida de tiempo de sus pequeños pensamientos, de sus nacientes afectos, á fin de volverlos á Dios, y dejando para después los pormenores y particularidades, indica rápidamente el punto sobre el que debe insistir la señora de Chantal en la doble educación de su hijo y de sus hijas. «En cuanto á Celso Benigno, es menester—dice—que se le inspire el obrar por motivos generosos, y que se imprima en su pequeñita alma la pretensión de servir á Dios, y todas las aspiraciones nobles y valientes, haciéndole conocer lo poco que valen todas las cosas perecederas, y que la gloria mundana no es más que un poco de humo que se lleva el viento. En cuanto á vuestras hijas—dice,—procurad arrancar la vanidad de sus corazones, y creed que ésta nace casi con el sexo.» Esta es la gran palabra de la educación, desgraciadamente



muy poco comprendida hoy; los mismos padres fomentan la ambición en el corazón de sus hijos, y las hijas aprenden la vanidad sobre las rodillas de sus madres.

Pero al poner así el dedo sobre las dos llagas vivas que la señora de Chantal tendrá que cicatrizar en el corazón de sus hijos, el Santo tiene cuidado de añadir: «Pero haced todo esto poquito á poco, lenta y suavemente, como hacen y obran los ángeles, con modales amables y sin violencia.»

Las reglas que San Francisco de Sales da después, relativas á los deberes de nuestra Santa respecto á su padre y á su suegro, no son menos sabias. «Apruebo—la la dice—que estéis la mitad del año con vuestro padre y la otra mitad con vuestro suegro, procurando por todos los medios posibles el bien de sus almas, del modo que lo hacen los ángeles, como ya os he dicho... Tratad de hacerlos más y más agradable á uno y á otro con vuestra humildad y dulzura, procurando su salvación con espíritu de dulce caridad.

»Debéis á vuestro señor padre un grande y caritativo afecto para encaminarle á un dichoso fin, y ningún respeto humano debe deteneros para trabajar en esto con un santo ardor; porque vuestro padre es vuestro primer prójimo, y el que quiere Dios améis en primer lugar; y lo que en él debéis amar lo primero es su alma, y en su alma la conciencia, y en la conciencia la pureza, y en la pureza el temor y el deseo de la eterna salvación.

»Lo mismo digo respecto á vuestro suegro. Y en cuanto á los medios de lograrlo, mi dictamen, respecto á vuestro padre, se reduce á dos puntos: uno, que haga un examen y confesión general de toda su vida, para hacer una penitencia general también: esta es cosa que debe hacer todo hombre de bien y todo buen cristiano antes de morir. Lo segundo, que se desprenda poco á poco de los afectos del mundo; vos le ayudaréis á comprenderlo y practicarlo.»

Es menester notar bien estas palabras, á manera de los ángeles, que repite sin cesar San Francisco de Sales en los consejos que da, y que constituyen, como llevo dicho, todo el sistema y método del Santo director. Entendía por esto una cierta mezcla de bondad, dulzura, firmeza, paciencia, amabilidad y santa industria, admirable por cierto, y que inculcaba con gracia infinita á las personas que se ponían bajo su dirección. De este modo convirtió á tantas almas, é hizo que la piedad se manifestase tan sólida y encantadora, que en todas partes floreciese (1).

Después de haber dado los preceptos, no faltaba á

(1) No todas las personas á quienes el Santo dirigía eran tan discretas como la señora de Chantal. Algunas había que preferían sus devociones á sus deberes de estado y familia, y entonces el Santo era inflexible. Hay una carta de este sabio director, escrita á la señora de Bruslard, esta piadosa amiga de la señora de Chantal, la cual, más viva, más ardiente, pero menos discreta que nuestra Santa, se había quejado de las exigencias de su padre y de su esposo; en cuya carta brillan con todo su esplendor el verdadero espíritu de San Francisco de Sales y el de la Iglesia. «Tal vez—dice el Santo—habéis dado motivo á vuestro buen padre y digno esposo para mezclarse é incomodarse con vuestra devoción. ¿Qué sé yo? Temo que, siendo vos tan afanosa y tan activa, hayáis querido tirar demasiado de ellos, queriendo que todo sea según vuestro modo de hacer las cosas. Si esto es así, no hay duda que esa es la verdadera causa de su disgusto. Creedme; es menester procurar que nuestra devoción, en cuanto es posible, no sea molesta para nadie; yo os diré ahora lo que debéis hacer.

»Cuando podáis comulgar sin inquietar á vuestros dos superiores (vuestro padre y vuestro esposo), hacedlo según el parecer de vuestro confesor. Cuando penséis que podrán incomodarse, contentaos con la Comunión espiritual, y, creedme, esta privación de Dios agrada mucho á Dios y le atraerá amorosamente á vuestro corazón. Es menester hacerse atrás para saltar mejor.

»Conozco una señora, que es una de las almas más grandes que he visto, la cual ha estado largo tiempo con tal sujeción á los caprichos de su marido, que en lo más fuerte de sus fervores y devoción tenía que llevar la garganta descubierta y cargarse exteriormente de adornos y vanidades: no comulgaba nunca sino en Pascua, en secreto y sin que nadie lo supiese; de otro modo, hubiera habido en la casa mil tempestades. Y por este camino llegó á una alta perfección, lo que sé por haberla confesado muy á menudo.» (*Carta á la señora Presidenta Bruslard*. Edición Migne, tom. V, pág. 445.)